

MIÉRCOLES 23 DE MARZO DE 2005

MADRID: Miguel Yuste, 40. 28037 Madrid. 91 337 82 00.  
Fax: 91 304 87 66.  
BARCELONA: Consell de Cent, 341. 08007 Barcelona.  
93 401 05 00. Fax: 93 401 06 31.  
BILBAO: Euzkadi, 8. 48007 Bilbao. 94 413 23 00. Fax: 94 413 23 13.

SEVILLA: Cardenal Bueno Monreal, s/n, Edificio Columbus.  
41013 Sevilla. 95 424 61 00. 95 424 61 10 (Pub.).  
Fax: 95 424 61 24. 95 424 61 16 (Pub.).  
VALENCIA: Poeta Querol, 11. 46002 Valencia. 96 398 11 50.  
Fax: 96 351 17 31.

ATENCIÓN AL SUSCRIPCIÓN Y PROMOCIONES: 902 11 91 11.  
Depósito legal: M-16295-2004. © Diario El País, S.L. Madrid, 2005.  
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser  
reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida  
por, un sistema de recuperación de información, en

ninguna forma ni por ningún medio  
electrónico, magnético, electroóptico,  
otro, sin el permiso previo por escrito  
de la editorial. EN PORTUGAL Cont.: 1,30 eur.

## De cabrero a doctor ingeniero

El subdirector de Investigaciones Agrarias aprendió a escribir en la 'mili'

CARMEN MORÁN, Madrid

El que hoy es subdirector general del Instituto de Investigación y Tecnología Agraria se crió entre cabras, tan lejos del lápiz y el papel como estaba la dehesa extremeña de la escuela de su pueblo. El día que se fue voluntario al servicio militar no dejó en la instancia que rellenó más que los pobres garabatos de un joven analfabeto. Hoy tiene 58 años y es doctor ingeniero de Montes, miembro de la Academia Forestal Italiana y ha representado a España en varias conferencias internacionales. Numerosas publicaciones científicas llevan su firma; ha escrito 15 libros, criado dos hijos y plantado muchos árboles. Estuvo a punto de estudiar con los salesianos en la escuela que Pedro Almodóvar recrea en su última película, pero un cura torció aquel camino.

Pero su historia no es la del cabrero autodidacta que hacía poesías mientras pastoreaba, sino la de una persona que supo burlar, tarde pero con éxito, un destino escrito con muchas faltas de ortografía en los renglones más torvos del franquismo.

Gregorio Montero nació en Cabezabellosa, un pueblo al norte de Cáceres al que sólo volvía en verano, justo cuando la escuela estaba cerrada. El resto del año triscaba entre brezos y jaras, escalaba en busca de nidos, corría delante de vacas bravas y cuidaba de sus hermanas chicas. Cuando caía la noche en la dehesa extremeña la familia compartía en el chozo las patatas del caldero. También dormían juntos, uno en cada jergón, alrededor de la lumbre. La majada cambiaba de sitio, pero la vida era siempre la misma. "Éramos salvajes felices. Toda mi vida la recuerdo moderadamente feliz. En la adolescencia se hacía más duro, es cuando buscas chicas, amigos, y te sentías paleta y fastidiado".

Volvieron al pueblo cuando



Gregorio Montero, en la finca del Instituto Nacional de Investigaciones Agrarias. / CRISTÓBAL MANUEL

él tenía 12 años. El cura decidió que su amigo Pedro se iría a estudiar con los salesianos, pero Gregorio no podía ir "porque era mayor y tenía muchas picardías". Los dos muchachos apenas se llevaban un año. El padre apartó una piara de cabras para Gregorio y el niño se independizó con su rebaño hasta que cumplió los 14. La escuela seguía siendo un sueño. Aquel año vendieron el ganado y él se colocó cortando leña.

En la vida de miseria que la dictadura amasó sin descanso en la España rural, el servicio militar era una escapatoria. Gregorio también se imaginó vestido de sargento, pero la mili fue una opción "dura y estúpida". Su primer contacto con la escritura fue para prepararse el curso de cabo con aquel cuader-

no de ortografía, el Miranda Podadera. Cuando acabó la mili volvió al pueblo como peón de albañil y sacó su certificado de estudios primarios en clases nocturnas con la ayuda del

**Volvió al pueblo como peón de albañil y sacó el certificado de estudios primarios en clases nocturnas**

maestro y la *Enciclopedia Álvarez*. Eso le abrió las puertas para formarse como capataz forestal. Después hizo la carrera "sin pisar nunca una escuela ni un instituto". Sacó su doctorado en Ingeniería de Montes en

1987. Para entonces había ganado varias oposiciones. "Mi oficio me gusta, he disfrutado mucho siempre con esto". Unas 1.000 personas trabajan hoy en el Instituto Nacional de Investigaciones Agrarias y Alimentarias, del que es subdirector. Se dedican a la mejora genética y reproductiva de animales, a la protección de semillas agrícolas, a homologar plantas. El instituto está en Madrid, pero en medio del campo, rodeado de árboles; lo más parecido a la dehesa que puede tenerse en la capital. Su puesto es ahora más político, pero se sabe de paso. Él es un espíritu libre. Después de todo, "el cabrero era la figura más independiente de la dehesa". ¿Sabe Gregorio ordeñar cabras todavía? "Eso no se olvida nunca".